

*El predominio de los profetas en Israel.  
Progreso del monoteísmo. Mosaísmo*

Los profetas, predicadores de los grandes dogmas reaccionarios, eran los intérpretes de los auténticos sentimientos de la nación. Un triple valladar de prejuicios religiosos, morales y sociales separaba a Israel de todo lo que consideraban progreso los demás pueblos. Su ideal estaba en lo pasado, en una vida que creían la única digna del hombre libre, vida pastoral o agrícola, sin ciudades grandes, sin ejército regular, sin poder central, sin corte ni aristocracia, sin lujo ni comercio, con culto sencillo, sin templos ni casta sacerdotal, y en la base de todo ello, una filosofía de claridad infantil y una teología muy contradictoria, que había empezado por el concepto de formas múltiples (los *élohim*) que actua-

ban a veces como un ser único (*Élo Élohim*). Este deísmo inconsciente se convirtió en el culto de Jehová, dios particular, dios nacional de Israel. Este dios fue adquiriendo los contornos de la conciencia étnica que le había adoptado, y la característica esencial de ella era el elohísmo, la afición a dioses que se suponían justos y que gobernaban el mundo con honradez. Así se perfeccionó Jehová, andando los siglos, llegando a amar el bien y a odiar el mal. Verdaderamente, ni en Judá ni en Israel se establecía gran diferencia entre Jehová y *Élohim*. Ambas palabras eran similares. La invención del nombre Jehová solía atribuirse a Moisés, aunque algunos opinaban que el uso de tal nombre como término de adoración era anterior al diluvio y se remontaba a los orígenes de la humanidad. Se estableció así un monoteísmo muy sólido, y se robustecía la idea de que los sucesos del mundo tienen una sola causa: la voluntad de un ser único que en todo interviene. Indudablemente esto es falso, pues nunca se ha demostrado que intervenga un ser superior en el mecanismo del Universo, pero esta idea de una providencia permanente tenía una eficacia moral que no podían tener las voluntades caprichosas de los dioses paganos. Además la superstición podía extenderse menos con este monarca absoluto que con innumerables diosecillos. Más adelante, la superstición se introdujo de nuevo en la religión con los santos, que son, a su manera, también diosecillos.

Israel empieza a ser Israel con los profetas. Los edomitas, moabitas y amonitas tuvieron seguramente *nabís* brujos, como los primeros de Israel, pero este germen fue para ellos infecundo, mientras en Israel los *nabís* adquirieron pronto una gran influencia moral. Israel ocupa un lugar aparte en la historia del mundo, gracias a los profetas.

La dinastía de Samaria, a la que faltaba carácter religioso, fue minada siempre por los profetas. Daba la impresión de que se volvía a los últimos tiempos de los Jueces, antes de que la realeza hubiera acaparado en parte, y en parte extinguido, el don de la inspiración libre. Las escuelas de profetas, especies de colegios donde se exaltaban los fanatismos al unirse con algunos hombres sinceramente celosos, procedentes de las masas groseras y apasionadas, cubrían como un fogoso enjambre todo el Carmelo.

Esencialmente dos cosas formaban el profetismo del Norte en aquella remota época: la afición decidida a la vida patriarcal, con antipatía a la riqueza y civilización, y un jehovahismo ardiente, una teocracia absoluta, una proclamación frenética del principio siguiente: «el hombre no tiene más dueño que Dios». Estas doctrinas no habrían podido fructificar en Judá, donde el rey davídico imponía respeto a las manifestaciones demasiado atrevidas del entusiasmo individual. En cambio todo era posible en el Norte, que carecía de dinastía santa. En tiempo de Jero-boam I, que sentía gran antipatía contra las ideas de Salomón, y cuyo poder nunca fue una realeza bien determinada, la oposición de los profetas no fue muy sensible. Pero las cosas cambiaron en cuanto Omri creó en Samaria el centro de un poder fuerte, organizado militarmente. Achab e Izebel hicieron desbordar el odio. Su lujo, sus costumbres paganas, sus

titubeos entre Baal y Jehová, provocaron en el reino de Israel un movimiento reaccionario que arrastró a la dinastía, y con ella toda esperanza de un porvenir largo.